

Se recogen aquí las intervenciones que tuvieron lugar en el acto organizado por el *Institut d'Estudis Polítics Blanquerna*, el lunes 7 de noviembre de 2005. Los autores presentan unas consideraciones sobre Leo Strauss con el fin de situar la polémica mediática que ha envuelto su figura, buscando la genealogía a la vez que hacen referencia al eludido trasfondo filosófico y al cierre de su obra. La versión original catalana de estas páginas se publicará en *Tripodos*. Agradecemos al profesor Ferran Sáez su gentileza a la hora de publicar el debate en español. Víctor Guaita ha traducido los textos.

# Leo Strauss y los neocons: Debate filosófico o polémica mediática

JOSEP MONSERRAT MOLAS, GREGORIO LURI MEDRANO, ANTONIO LASTRA

# I

INTRODUCCIÓN: EL ENIGMA DE LEO STRAUSS. No era exactamente una situación como ésta la que se podía esperar cuando en el año 1990 asistí a un curso impartido por el Dr. Jordi Sales titulado La

trayectoria de Leo Strauss. Poco podíamos imaginar los presentes que aquel nombre desconocido entre nosotros llegaría a protagonizar, difunto como ya era, tan terribles batallas mediáticas.

Es necesario aclarar que el interés por Strauss de entonces formaba parte, una parte pequeña pero no menospreciable, del esfuerzo de renovación de los estudios platónicos que justo en aquel momento se estaba gestando en el programa de investigación del profesor Sales y que ha conducido en la actualidad a constituir un Grupo de Investigación reconocido (*Hermenéutica y platonismo*), después de conseguir unos resultados notables, entre los cuales hay que contar también algunas tesis doctorales y premios de doctorado. Esta renovación partía, sobre todo, del trabajo del mismo grupo y de la asunción de elementos heterogéneos que, de alguna forma, se podía contar que se neutralizaban y nos liberaba de la posibilidad de convertirnos en simples epígonos de determinadas “escuelas” o de ciertos modelos interpretativos. Así, había que tener en cuenta la Escuela de Tubinga-Milán de los profesores Krämer, Gaiser y Reale, lecturas provenientes de la fenomenología como la de Jan Patocka, la estética de la recepción, la consideración de la literatura vlastoniana, los instrumentos filológicos y también las lecturas platónicas de Leo Strauss y algunos de sus discípulos.<sup>1</sup>

En el reparto de las tareas del grupo de investigación me ocupé de la lectura que Strauss hacía de Platón. A este tema dediqué mi tesis de licenciatura en 1991. Desde entonces he ido siguiendo los estudios sobre el pensamiento de Leo Strauss, lo que me ha permitido asistir de espectador al espectáculo del interés cada vez más grande y mediático sobre este peculiar pensador. Desde entonces tengo un libro pendiente de escribir, cada vez más difícil.

¿Quién me iba a decir que aquel pensador que apenas había despertado el interés de una docena de estudiosos, cuyas obras estaban descatalogadas y sin reeditar, que no contaba sino con unas pocas traducciones a otras lenguas, sería pocos años después motivo de artículos en nuestra prensa cotidiana sobre la realidad de la política internacional?<sup>2</sup> ¿O que, por ejemplo, llegara a ser noticia alrededor de los estrenos del off-Broadway? Citamos el artículo de la corresponsal en Nueva York Emma Reverter publicado en *Avui*:

*La manifestación teatral de Tim Robbins.* Con un Oscar en la mano por su interpretación en *Mystic River*, el film de Clint Eastwood, Robbins vuelve a levantar la voz contra las políticas de la Administración Bush, y lo hace como autor y director de la sátira *Embedded*, una obra de

teatro sobre los periodistas que cubrieron la entrada de las fuerzas de la coalición a Bagdad. El montaje se representa off-Broadway, en el histórico New York Public Theater. En *Embedded*, un equipo de políticos enmascarados que resultan muy familiares al público diseña la invasión de Gomorra. El grupo de asesores, Dick (Dick Cheney), Rum Rum (Donald Rumsfeld), Gondola (Condoleezza Rice), aparece siempre acompañado en el escenario de una proyección de la imagen de Leo Strauss (1899-1973), el ideólogo de los neoconservadores. “¿Sabéis por qué no luchamos contra la pobreza?”, pregunta uno de los asesores a sus compañeros. “Porque no podemos ganar dinero con ello”, responden.

¿Por qué un acontecimiento mediático alrededor de Strauss? ¿Cuáles son las claves que explican que sea tilado a la vez de judío prisionista y de nazi, de conservador y de revolucionario, de ateo y de religioso, de esotérico y de publicista, de americano y de antiamericano, entre otras lindezas? ¿Cómo puede ser a la vez defensor de una doctrina secreta y que esta doctrina sea puesta en letras de molde por la prensa en titulares y descubierta por toda casta de periodistas, comentaristas y profesores y al alcance de todos? ¿Cómo podía ser tan competente y tan incompetente a la vez? ¿Cómo puede ser el defensor de la mentira noble —aquella que para hacer efecto no se ha de adivinar que sea mentira— el mismo que es el ideólogo de las mentiras públicas que todos, o cualquiera, puede adivinar que son mentiras? En los comentarios que seguirán veremos como Strauss se ha tornado un icono onírico digno de la psiquiatría más clásica y que la polémica habla más de una sociedad histerizada y propensa a la caza de brujas que de los defectos o de las características de Leo Strauss. Es en los márgenes de Strauss, en la realidad “mediática” de la polémica, donde se sitúa esta mesa redonda convocada por el *Institut d'Estudis Polítics Blanquerna* (IEPB), adscrito a la Facultat de Comunicació Blanquerna.

Preguntaremos a los invitados cómo es que la búsqueda de un ideólogo culpable y responsable del mal culmina con el descubrimiento de Strauss y la crítica que sobre él se despliega a partir de entonces acaba siendo la imagen aprovechada por la derecha para distraer la atención sobre el verdadero corazón del problema político mundial. Preguntaremos si no es una noble mentira —aquella con la que, según Strauss, se modula la convivencia y las tensiones y los odios de las sociedades—, precisamente la afirmación de que Strauss es el culpable de la política exterior americana contemporánea, y si tal afirmación acabará por hacer de Strauss más de lo realmente que era. Seguramente, este fenómeno nos ilumina sobre la difícil (¿imposible?) relación entre la búsqueda del saber y la manipulación pública (¿imposible tal vez porque no existe uno de los dos elementos de la relación?). Y, con todo, no deja de confundirnos ante la complejidad de los fenómenos comunicativos en la sociedad de masas.

Contamos para aportar un poco de luz al respecto con dos profesores que especialmente nos ayudarán

1. Véase como presentación del grupo y del método, *Hermenéutica i platonisme*, ed. de J. Monserrat Molas, Barcelona, 2002. Las publicaciones platónicas que se enmarcan en el grupo se inician con JORDI SALES i CORDERCH, *Estudis sobre l'ensenyament platònic: Figures i desplaçaments*, Barcelona, 1992; JORDI SALES i CORDERCH, *A la flama del vi. El Convit platònic, filosofia de la transmissió*, 1996 y continúan con los trabajos de JOSEP MONSERRAT MOLAS, *El Polític de Plató. La gràcia i la mesura*, Barcelona, 1999, ANTONI BOSCH VECIANA, *Amistat i unitat en el Lisis de Plató*, Barcelona, 2003 y XAVIER IBÁÑEZ PUIG, *El Teetet de Plató. Saviesa i prudència en el tribunal del saber* [previsto para el 2006]. En el grupo destacan también los trabajos de Beatriz Bossi y Gregorio Luri, que destacaremos después.

2. Véase, al respecto, el reciente trabajo de Anne Norton, *Leo Strauss and the Politics of the American Empire*, Yale UP, New Haven and London, 2004.

porque están muy capacitados. En primer lugar, el profesor Gregorio Luri, doctor en Filosofía, autor de *El proceso de Sócrates* (Trotta, Madrid, 1998), *Prometeos. Biografía de un mito* (Trotta, Madrid, 2001), premio de ensayo Joan Gil-Albert, *Guía para no entender a Sócrates*, (Trotta, Madrid, 2003); *El neoconservadurismo americano* (Angle, Barcelona, 2006), Premi Ideas d'Assaig Breu. Actualmente está trabajando en una biografía intelectual de Strauss.

Luego hablará el profesor Antonio Lastra, doctor en Filosofía y profesor de Filosofía en la Enseñanza Secundaria. Ha coeditado conmigo recientemente el libro *Herencias Straussianas* (Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2004), y hay que tener en cuenta *La naturaleza de la filosofía política. Un ensayo sobre Leo Strauss* (Res Publica, Murcia, 2000), como uno de los mejores estudios sobre Strauss que se puedan encontrar actualmente en las librerías.

Comenzamos, pues, planteando una cuestión general sobre Strauss (1: 'Algunas dificultades para leer a Strauss, a modo de ejemplo', que, con esta introducción, firma Josep Monserrat), para después considerar el punto 2: 'La crítica y el desprecio' (Gregorio Luri), y el 3: 'La obra cerrada de Leo Strauss' (Antonio Lastra).

ALGUNAS DIFICULTADES PARA LEER A STRAUSS, A MODO DE EJEMPLO. Para Strauss, la tradición occidental consiste en dos respuestas antagónicas y en último término incompatibles a la pregunta sobre cuál de las dos cosas es necesaria, la fe o la filosofía. La diferencia entre las dos es que el filósofo niega la autoridad de la revelación y remite a la razón humana sin otra ayuda que ella misma para conseguir la verdad y la felicidad. Podría parecer que Strauss prefiriera esta opción. Pese a todo, escribe cosas como ésta: "La filosofía debe admitir que la revelación es posible. Pero admitir que la revelación es posible equivale a admitir que tal vez la filosofía no sea necesaria, que tal vez la filosofía sea algo infinitamente irrelevante. Admitir que la revelación es posible significa admitir que la vida filosófica no es necesariamente la vida justa. La filosofía, la vida dedicada a buscar el conocimiento evidente que el hombre puede alcanzar como hombre, podría descansar en una decisión ciega, arbitraria, no evidente. Algo que simplemente confirmaría la tesis de la fe, según la cual no hay consistencia, no hay ninguna vida consistente y sincera, sin la creencia y la revelación. Que el hecho de que la filosofía y la revelación no puedan refutarse mutuamente constituiría la refutación de la filosofía por la revelación".<sup>3</sup> Según Stanley Rosen, no hay ningún indicio en todo el pasaje que haga suponer que Strauss no esté hablando en serio. De manera que la cita nos permite dejar establecido, según los fundamentos del propio Strauss, que la filosofía fue refutada, incluso que fue un imposible, desde el primer momento.<sup>4</sup>

Éste resultaría ser el primer Leo Strauss de los neoconservadores: estamos en un choque irreducible de posiciones que no pueden sentarse a negociar si no es obligándolas a negociar y además obligándolas a aceptar unas determinadas reglas del juego, las del sistema democrático liberal según la versión americana, aquella que es "evidente a los ojos de cualquier persona", etc. El Strauss que justificaría, pues, el choque de fundamentalismos: los americanos, claro, resultarían los representantes del fundamentalismo bueno, del fundamentalismo de la "libertad" y de la "democracia".

En realidad, la situación es algo más compleja. Las figuras del pensar straussiano dibujan, en efecto, un cuadro con más elementos. Habría, no dos, sino tres polos en tensión: Moisés o la revelación; Descartes o la filosofía como conocimiento del conocimiento; y Sócrates o la filosofía como conocimiento de la ignorancia. La querrela entre Jerusalén y Atenas sería, en realidad, la querrela entre Jerusalén (Moisés) y París (Descartes), y Sócrates (Atenas) representaría la última esperanza de salvar la filosofía. Sócrates representa para Strauss, en efecto, una posibilidad que se debe defender, ya que la filosofía es necesaria para hacer posible el derecho natural y, con él, la base para una vida política justa y racional.

A pesar de todo, la ambigüedad persiste, porque el retrato de Sócrates que da Strauss tiende a atenuar, incluso a borrar, la diferencia entre lo que él representa y la revelación. "El conocimiento de la ignorancia — escribe Strauss— no es ignorancia. Es conocimiento del carácter elusivo (*elusive*) de la verdad, del todo. Sócrates pues, vio al hombre a la luz del carácter misterioso del todo".<sup>5</sup> Este carácter misterioso del todo es lo que hace que Strauss conciba la filosofía como apertura a los problemas fundamentales sin tomar partido por ninguna de las propuestas alternativas. Pero esta caracterización está demasiado cercana a la religión como para constituir una alternativa suficientemente sólida a la revelación. Por otra parte, tampoco parece bastante firme para competir con la filosofía que da respuestas a las preguntas fundamentales a la manera de Kojève y Heidegger: "La superioridad de hipótesis rivales — escribe Rosen— puede ser demostrada solamente derivando sus consecuencias, y en filosofía eso significa algo más que establecer alternativas fundamentales". En la querrela entre los modernos y los antiguos, que encuentra a Strauss al lado de Sócrates contra Descartes, "los modernos, es decir, aquéllos que pretenden reemplazar el conocimiento de la ignorancia por el conocimiento del conocimiento, podrían defenderse diciendo simplemente", a la manera de Kojève, "que solamente tenemos que esperar el *telos* o el fin de la historia para saber la verdad y, por tanto, que no hace falta volver a los inicios preteóricos".<sup>6</sup> De aquí al segundo Strauss, el de otros neoconservadores: aquéllos que no son fundamentalistas porque saben que el suyo no es el credo verdadero, pero saben también que ninguna otra alternativa es mejor.

Pero aún hay más. Si la querrela entre Jerusalén y Atenas encuentra una reformulación como la querrela entre Jerusalén y París, respecto a la cual Sócrates sería la tercera vía deseable, aunque de una manera más bien débil y oscura, la separación radical entre la naturaleza y la política que se pone de manifiesto en la modernidad exige una nueva formulación del problema (y recuérdese que para Strauss formular los problemas es lo genuinamente filosófico). La naturaleza de lo político se debe pensar independientemente de (por decirlo así) la naturaleza de la naturaleza, y esta nueva perspectiva del problema es ya típicamente moderna. La querrela ahora ya no es, pues, entre modernos y antiguos, sino entre "dos descendientes cartesianos diferentes: digamos entre Inglaterra y Alemania. Se trata de la querrela entre dos concepciones de la política, la del sentido común y la de la metafísica".<sup>7</sup> Desde este punto culminante de la filosofía de Strauss se entiende su remisión a la experiencia ordinaria como antídoto contra las consecuencias nihilistas

3. Leo STRAUSS, *Natural Right and History* (University of Chicago Press, Chicago, 1950, 1953), p. 75. En la misma página confronta Strauss la vida "de amor obediente" con la vida de la "libre búsqueda".

4. Rosen considera débiles los argumentos de Strauss en estos pasajes. Hay muchas creencias —observa Rosen— que no pueden ser probadas; pero es que precisamente forma parte de ser razonable el hecho de saber que algo no se puede probar. De hecho, no hace falta probar que la filosofía constituye la mejor vida, sino que basta con mostrar que es plausible decir que la filosofía es la mejor vida: para el filósofo es suficiente probar que la elección de la filosofía como mejor vida es más plausible que la elección de la religión. S. ROSEN, 'Wittgenstein and Strauss', en *The elusiveness of ordinary*, Yale UP, New Haven and London, 2002, p. 150.

5. L. STRAUSS, *What Is Political Philosophy?* (Glencoe, Ill: Free Press, 1959), p. 38.

6. ROSEN, *op. cit.*, p. 152.

7. ROSEN, *op. cit.*, p. 156.

8. ROSEN, *op. cit.*, p. 138.
9. *American Conservatism and the American Founding*, Carolina Academic Press, 1984.
10. Otros lo han definido como "a neocon per excellence": HENRY R. NAU, 'No enemies on the Right', en *The National Interest*, 1 de diciembre de 2004.
11. 'Sphinx Without a Secret', en *The New York Review of Books*, 32, 30 mayo de 1985. En 1975, en *Times Literary Supplement* (9 de abril) Burnyeat menospreciaba las aportaciones filosóficas de Strauss.
12. 'The Esoteric Philosophy of Leo Strauss', *Political Theory* 13, 1985, pp. 315-37
13. *The political Ideas of Leo Strauss*, New York, 1988.
14. St. Martin's Press, New York, reeditado en Palgrave Macmillan en 1990.
15. Stephen Holmes, *The Anatomy of Antiliberalism*, Harvard UP, 1993. Jacob Weisberg publicó su indignación ante el ascenso de los discípulos de Strauss al seno de la administración de Reagan. Su artículo se titulaba 'The Cult of Leo Strauss: An obscure philosopher's Washington disciples', *Newsweek*, 3 de agosto de 1987.
16. "Los estudiantes de Strauss certifican que seguían el ejemplo de Sócrates diciendo cosas diferentes a diferentes estudiantes. En su discurso conmemorativo de Strauss, Ted A. Blaston dice que Strauss hablaba a la gente diferente de diferente manera, diciéndoles lo que él creía que necesitaban escuchar": Shadia B. Drury, *The Political Ideas of Leo Strauss*, p. 188. Sobre Blaston, ver Laurence Berns y Eva Braunn, "Leo Strauss at St. John's Collage (Anápolis)", en K.L. Deutsch y J.A. Murley (eds.), *Leo Strauss, the Straussian and the American Regime*, Rowman and Littlefield, Oxford, 1999, pp. 31-37. A mediados de 1987 la polémica sobre Strauss estaba tan viva que *Political Theory* abrió sus páginas a las tesis de Drury ('Leo Strauss' Classic Natural Right Teaching', pp. 299-315), confrontándolas con las del straussiano Harry V. Jaffa ('Dear Professor Drury', pp. 316-25) y las del antistraussiano Fred Dallmayer ('Politics against Philosophy: Strauss and Drury', pp. 326-37). En 1990 *The Vital Nexus* enfrentó las tesis de Drury ('Leo Strauss on the Nature of the Political' y 'Reply to my critics', en *The Vital Nexus* 1, n° 1, mayo 1990, pp. 29-47 y 119-34) con las del straussiano George Anastaplo ('Shadia Drury on Leo Strauss', en *The Vital Nexus* 1, n° 1, mayo 1990, pp. 9-28).
17. Gordon Tolle, 'Leo Strauss: Unmasked or Distorted?', *The Review of Politics*, 50, pp. 467-470.
18. Leo Strauss, *Gesammelte*

de la consideración heideggeriana de la metafísica. Como ya hemos dicho, "el hecho central del pensamiento de Leo Strauss resulta ser entonces su enfrentamiento con Heidegger sobre la naturaleza de la filosofía".<sup>8</sup> La última ambigüedad de la que queremos dar noticia es entonces ésta: Heidegger, "el único pensador de nuestro tiempo", es el enemigo a combatir para defender una vida política sana. ¿No supone esta afirmación una nueva refutación de la filosofía, atendiendo ahora a sus consecuencias políticas?

LEO STRAUSS: LA CRÍTICA Y EL DESPRECIO. Leo Strauss murió el 18 de octubre de 1973, lejos de todo tipo de protagonismo. La salud precaria de sus últimos años le mantuvo mucho más pendiente de sus estudios que de los acontecimientos sociales. Nadie asoció entonces su pensamiento con los neoconservadores. La razón es fácil de entender. Este término no empezó a ser del dominio público hasta seis años después, cuando Irving Kristol publicó *Confessions of a True, Self-Confessed Neoconservative* con la intención de reivindicar este calificativo, que había sido lanzado despectivamente contra él por un antiguo camarada de izquierdas. Porque los fundadores del neoconservadurismo empezaron siendo trotskistas.

Strauss no fue denunciado como neoconservador hasta los años de la "revolución conservadora" de Ronald Reagan (1981-1989), cuando algunos de sus discípulos coincidieron con los "neoconservadores", que entonces culminaban su largo viaje ideológico desde las filas del trotskismo, en los años 30, hasta el republicanismo. Neoconservadores como Kristol (*Two Cheers for Capitalism*) o straussianos como Harry V. Haffa<sup>9</sup> defendieron la existencia de un nuevo espacio político, basado en los principios de la Declaración de Independencia y alejado tanto de los libertarios de derecha como de los conservadores tradicionales (menospreciados como "paleoconservadores") y que veía en Reagan su héroe. Podhoretz incluso lo consideró "the first new conservative".<sup>10</sup> Leo Strauss, por razones obvias, no coincidió con los neoconservadores ni en su origen ni en su meta. Tampoco en su trayectoria. No hay ningún artículo suyo en los órganos de expresión de este movimiento, *Partisan Review* o *Encounter*.

La primera denuncia relevante contra Strauss es de 1985 y estaba firmada por Burnyeat, un buen helenista, que lo definió como "el gurú preeminente del conservadurismo americano".<sup>11</sup> Añadía que se puede conocer su pensamiento de dos formas: yendo directamente a sus libros o "solicitando una iniciación con un straussiano", que, según Burnyeat "es aquél que lee los libros seculares de manera religiosa, talmúdica, cabalística, y, por encima de todo, de manera perversa". Esta contundencia crítica provocó una inmediata salida en tromba de los discípulos de Strauss en defensa de la memoria del maestro. Burnyeat no sólo no cambió de opinión sino que trató al straussianismo de "nuevo culto emergente".

Ese mismo año, 1985, Shadia Drury, de la Universidad de Calgary, descubrió ni más ni menos que una conspiración contra la democracia promovida ideológicamente por Leo Strauss. La ilustración progresista siempre se ha dejado tentar por el romanticismo prometeico. De hecho buena parte de sus intelectuales se gana muy bien la vida dedicándose a revelar conspiraciones. Tanto en sus artículos<sup>12</sup> como en sus

libros,<sup>13</sup> Drury ha insistido en demostrar que Leo Strauss era un cínico y ferviente acólito del nihilismo de Nietzsche y Heidegger. Su libro *The political Ideas of Leo Strauss*,<sup>14</sup> se convirtió pronto en un manual de campaña. Drury descubrió también que Leo Strauss, que fundó un culto filosófico a su propia persona,<sup>15</sup> enseñó doctrinas diferentes a sus diferentes seguidores. No es una manera elegante de explicar las divergencias entre los straussianos, pero ha sido eficaz.<sup>16</sup>

Quiero hacer mención de un libro singular aparecido en 1987, el mismo año que el formidable éxito editorial de Allan Bloom, *The closing of the American Mind*. Me refiero a *Hermeneutics as Politics*, de Stanley Rosen. Es un ensayo a contracorriente, alejado de la beatería y de la mala fe crítica, donde se dicen sobre Strauss cosas como éstas: «Insistía en el hecho de que la filosofía no consiste en responder, sino en plantear las cuestiones fundamentales»; «ofrecía muy pocos argumentos técnicos y ninguna respuesta a la cuestión qué es X»; «en ausencia de la sabiduría, el filósofo es transformado en un sectario en el momento en que su certeza subjetiva concierne a una solución se iguala a o excede su certeza subjetiva de la problematización de esta solución». Este ensayo ha sido editado por Barcelonesa d'Edicions, con traducción catalana de Xavier Ibáñez en 1992. A algunos nos proporcionó la vía de acceso a Leo Strauss.

Tuvo mucha más audiencia Heinrich Meier, que en 1988 publicó *Carl Schmitt, Leo Strauss und Der Begriff des Politischen*, donde demostraba la existencia de una estrecha relación intelectual entre Leo Strauss y Carl Schmitt que, además de legitimar, para muchos, la teoría conspirativa, permitía tratar directamente a Leo Strauss de nazi.<sup>17</sup> El descubrimiento de esta relación cogió en cierta manera desprevenidos a los straussianos que, en un primer momento, la ignoraron o incluso la negaron. Pero la publicación del *Glossarium* de Schmitt en 1991 y de la correspondencia de Leo Strauss, sobre todo en el volumen III de sus escritos de juventud,<sup>18</sup> no deja margen para las dudas. Nos fijaremos en dos cartas. Strauss dirige la primera a su amigo Karl Löwith y la segunda a Carl Schmitt.

La carta a Löwith es de mayo de 1933.<sup>19</sup> Alemania está viviendo horas decisivas. El día cinco de marzo los nazis habían obtenido el 44% de los sufragios y desde el 23, Hitler ocupaba la cancillería. En este contexto, un Strauss de 33 años confiesa a su amigo que "solamente porque Alemania ha girado hacia la derecha y nos ha repudiado (a los judíos), eso no significa que los principios de la derecha deban ser rechazados. Al contrario, solamente de acuerdo con los principios de la derecha —fascista, autoritaria y imperial— es posible de una manera digna, sin la invocación ridícula y lamentable a los *derechos inalienables del hombre*, la protesta contra la 'mezquina nulidad' (el partido nazi)".<sup>20</sup> En julio de 1933, escribió a Schmitt, que entonces ya se había afiliado al partido nazi. Le pide su intermediación para conseguir una entrevista con Charles Maurras, el líder de la derecha católica Action Française.<sup>21</sup>

La interpretación de estas dos cartas continua siendo objeto de ardientes polémicas entre los straussianos. Parece que no hay mucho margen para la duda respecto a las suspicacias antiliberales de Strauss en los años 30. Tras la experiencia de Weimar, el sionismo juvenil en el que estaba orgánicamente comprometido, entendía el liberalismo como la expresión de una clase social, la burguesía, eminentemente discutidora y poco

partidaria de comprometerse con decisiones. Era, podríamos decir, un antiliberal decisionista en la estela de un Donoso Cortés, un Maurras o un Carl Schmitt. Esta sospecha parece confirmada por una confesión de Hans Jonas, que en sus *Memorias* escribe que “Strauss fue un admirador precoz de Mussolini cuando aún no era antisemita”.<sup>22</sup> Podríamos añadir la proclamación de la fe frente al criticismo racionalista que Strauss lleva a cabo en su tesis doctoral.

En cualquier caso, toda esta leña quemaba muy bien en el fuego del antisemitismo, en el que, mi parecer, algunos discípulos de Strauss contribuyeron también de manera indirecta. Es el caso de Thomas Pangle, que en 1989, en la introducción a *The Rebirth of Classical Political Rationalism*, confiesa que los estudiantes y seguidores de Leo Strauss “no sólo han formado un grupo distinguido y combativo de conservadores en el mundo académico contemporáneo, sino también una fuerza revolucionaria en el conservadurismo americano”.

Intentaré explicar este exceso verbal. En 1989, después de la caída del muro de Berlín, MacDonald no tardó mucho en invadir Moscú. Entre los consejeros presidenciales destaca Francis Fukuyama, que fue el único capaz de prever la reunificación alemana. Acababa de publicar su artículo ‘The End of History?’. En esos años de victoriosa perplejidad, el término “neo-conservador” parecía un título tan admirable que Pangle no dudó en afirmar indirectamente que Leo Strauss había sido el padre intelectual del neoconservadurismo. Con este gesto mató al padre, cayendo en la tentación de transformar el pensamiento crítico de Leo Strauss en ideología<sup>23</sup> y, además, en ideología de victoria.

El 2 de agosto de 1990 Saddam Hussein invade Kuwait. Una vez derrotado, el presidente Bush decidió no provocar un cambio de régimen en Irak. La retirada americana fue muy duramente criticada por un antiguo colega de Strauss en Chicago, Albert Wohlstetter, maestro de dos de las figuras más polémicas entre los neoconservadores, Wolfowitz y Perle. Publicó un artículo con el expresivo título de ‘The Bitter End: The case for re-intervention in Iraq’.<sup>24</sup> *Le Monde*<sup>25</sup> denunció inmediatamente que Wohlstetter era el estratega y Strauss el ideólogo de los neoconservadores. Lo cierto es que los neoconservadores vieron la retirada americana de Irak como un síntoma de la pérdida de tensión de la democracia americana. Fue de nuevo Thomas Pangle quien desarrolló esta tesis,<sup>26</sup> con el argumento según el cual con el fin de la Guerra Fría y privada de su enemigo, la democracia liberal corría el riesgo de relajar su sentido cívico y abrir las puertas al triunfo del relativismo moral. Fukuyama y Donald Kagan comentaron esta obra de manera muy favorable.

Probablemente todos estos acontecimientos en sí mismos sólo habrían afectado tangencialmente a la memoria de Leo Strauss si no hubiesen venido acompañados por la conquista republicana de la mayoría en el Congreso de los Estados Unidos en noviembre de 1994, que se había mantenido mayoritariamente democrata desde 1952. Si los republicanos comenzaron a hablar de una “nueva mayoría social”<sup>27</sup>, entre los perplejos demócratas no faltaron los que, frotándose los ojos, intentaron explicarse lo ocurrido echando mano del viejo recurso conspirativo. El *New York Times* identificó a Leo Strauss como el responsable ideológico de la recuperación republicana y añadió que se trataba de

un filósofo elitista, antidemócrata y hostil a la “presunción de la Ilustración de que todos los hombres fuimos creados iguales”. Era, en definitiva, un conservador que veía el status quo como la expresión de la voluntad divina<sup>28</sup>. Shadia Drury se limitó a echar más leña al fuego ya prendido cuando en 1997 publicó *Leo Strauss and the American Right*,<sup>29</sup> donde muestra a un Strauss decididamente enemigo de la democracia liberal, que enseñaba sus artes del engaño político a un grupo elitista de políticos americanos. Estas extravagancias fueron recogidas en centenares de artículos, como el de Gregory Bruce Smith, titulado ‘Leo Strauss and the Straussians: An Anti-Democratic Cult?’.<sup>30</sup>

El 11 de septiembre de 2001 tuvo lugar el ataque terrorista contra los Estados Unidos. Pocos días después, el 15 de septiembre, Bush reunió a sus principales asesores en Camp David. El neoconservador Wolfowitz aprovechó la ocasión para recoger la idea de su maestro, Wohlstetter, y proponer una guerra generalizada contra el terrorismo, incluyendo Irak.<sup>31</sup>

Los partidarios de la teoría conspiradora, que por aquel entonces ya hacía tiempo que había cruzado el Atlántico, entraron en ebullición. Heinrich August Winkler<sup>32</sup> sólo encuentra una diferencia entre la “revolución conservadora” que precedió a la llegada de Hitler en Alemania y la situación de los Estados Unidos: que los straussianos habían encontrado en Bush lo que Carl Schmitt había buscado inútilmente, el acceso al gobernante.<sup>33</sup> A partir de este momento la crítica se transforma en parodia y toda hipérbole parece legítima como denuncia de la conspiración. En 2003, el excéntrico candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Lindon LaRouche, hace de Leo Strauss un “destacado ideólogo fascista” y una “criatura depravada y satánica”.<sup>34</sup> Algunos optan por la lírica, como Jim Lobe, que dice que los “Neocons dance a Strauss waltz”;<sup>35</sup> otros por la épica, como Jeffrey Steinberg, que trata Strauss de “Fascist Godfather of the Neo-Cons”.<sup>36</sup> Hay quien trata a Strauss directamente de *likudnik*. Se empieza a hablar de los “leocons”,<sup>37</sup> etc. En esta situación incluso los “paleoconservadores” se sienten orgullosos de su diferencia.<sup>38</sup>

La hija de Leo Strauss, Jenny, intentó defender la memoria de su padre desde las páginas del *New York Times*:<sup>39</sup> “Artículos recientes han retratado a mi padre, Leo Strauss, como la mente oculta detrás de los ideólogos del neoconservadurismo que controlan la política exterior de los Estados Unidos... No reconozco al Leo Strauss que estos artículos describen” Añade que su padre no era político, sino profesor de teoría política. Efectivamente era un conservador, ya que sostenía que el cambio en sí mismo no implica ninguna mejoría. Creía en la dignidad intrínseca de la política y defendía la democracia liberal. Aunque no era ciego a sus defectos, pensaba que era el mejor régimen que podía realizarse, “the last best hope”. Era enemigo de cualquier régimen “que aspirara a la dominación global”. Sus héroes eran Churchill y Lincoln. En ocasión de la muerte de Winston Churchill dijo a sus alumnos que “no tenemos otro deber más alto ni más urgente que recordarnos a nosotros mismos y a nuestros alumnos la grandeza política, la grandeza humana, de una de las cimas de la excelencia humana”. Strauss compartía la famosa descripción de Churchill de la democracia como el peor régimen, si eliminamos los demás.<sup>40</sup>

“Desde mi punto de vista lo que mejor le caracterizaba era su completa falta de vanidad.” Añade que sus

*Schriften*, Band 3: Hobbes politische Wissenschaft und zugehörige Schriften – Briefe, 2001.  
19. Eugene R. Sheppard, ‘Exile and Accommodation: Leo Strauss 1932-1937’, Working Group in Modern European Jewish History del Center for European Studies, Harvard University, febrero de 2003.

20. Strauss parece estar completamente ciego para ver lo que tiene ante sus narices. Tan ciego como lo estaban todos los gobiernos democráticos europeos, en primer lugar, el de Chamberlain. Strauss se trasladó a Inglaterra en los primeros meses de 1934, donde permaneció hasta el 37. En septiembre de 1939 el primer ministro británico, Chamberlain, guiado por su política de *appeasement*, firmó el Pacto de Munich con Hitler. Lo que no impidió ni la invasión de Checoslovaquia ni la de Polonia. Pues bien, Strauss, al menos el Strauss anterior a 1939, no fue admirador de Chamberlain, sino de Churchill.

21. Esta referencia a Maurras me parece extraordinariamente interesante, pero desafortunadamente no he encontrado a nadie que me pueda decir alguna cosa. Pero creo que si en algún lugar se puede entender una relación con Maurras y L’Action Française es en Cataluña. Narcís Verdagué i Callis, director de *La Veu de Catalunya* era amigo de Maurras y, por tanto, hemos de hilar fino a la hora de valorar las cosas.

22. Hans Jonas, *Memorias*, Losada, Madrid, 2005, p. 283. Hay que añadir que antes de condenar a todo el mundo que mantuvo una relación con Schmitt se ha de recordar que desde las filas del liberalismo Raymond Aron mantuvo una correspondencia regular con él. Y podemos añadir que desde la izquierda se ha llegado a defender un «schmittianismo de izquierda», donde se encontrarían radicales antiliberales de un amplio espectro, llegando hasta Joska Fischer. El mismo Walter Benjamin reconoce la influencia de Schmitt. Hay que tener muy buena memoria y mucha información antes de condenar a alguien al infierno, porque nunca sabemos a quién condenamos con él.

23. Mark Lilla, *Pensadores temerarios*, Debate, Barcelona, 2004.

24. *The New Republic*, abril de 1991.

25. Alain Frachon y Daniel Verne, ‘Le stratège et le philosophe’, *Le Monde*, 15 de abril de 2003.

26. *The Ennobling of Democracy: The Challenge of the Postmodern Age*, Johns Hopkins UP, 1992

27. Walter Dean Burnham, ‘The Fourth American Republic?’, en *Wall Street*

*Journal*, 16 de octubre de 1995.

28. Brent Staples, "Undemocratic Vistas: The Sinister Vogue of Leo Strauss", en *The New York Times*, 28 de noviembre de 1994.

29. Martin's, New York, 1997.  
30. En *PS*, junio de 1997, pp. 180-189.

31. El día 20 de este mes el presidente Bush recibió una carta en la que se podía leer: «Le escribimos para apoyar su admirable propósito de conducir al mundo a la victoria en la guerra contra el terrorismo». El primer firmante es William Kristol. Siguen 40 firmas más, entre las que encontramos las de Francis Fukuyama, Donald Kagan, Robert Kagan, Charles Krauthammer, Richard Perle, Norman Podhoretz y Barry Schmitt. Esta carta recogía, en sustancia, las ideas previamente desarrolladas por William Kristol y Robert Kagan en "Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy" (*Foreign Affairs*, julio-agosto, 1996) y en *Present Dangers: Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy* (Encounter Books, 2000). Este último libro recoge también artículos de Paul Wolfowitz y Richard Perle. La frustración neoconservadora tras la retirada de Iraq dio forma a *The Project for the New American Century* (PNAC), publicado en junio de 1997 y firmado, entre otros, por Paul Wolfowitz, William Kristol, Perle, Kagan, Fukuyama, Zalmay Khalilzad y Podhoretz.

32. 'Wenn die Macht Recht spricht', en *Die Zeit*, 26 de junio 2003.

33. El ensayo de Meier se publicó en inglés en 1995 con el título en modo alguno ingenioso de *Carl Schmitt & Leo Strauss: The Hidden Dialogue: Including Strauss's Notes on Schmitt's Concept of the Political & Three Letters from Strauss to Schmitt*, University of Chicago Press, 1995.

34. LaRouche distribuyó más de 400.000 ejemplares de un panfleto antistraussiano que el diario *Al Arab International* publicó íntegramente en su edición del 3 de julio.

35. *Asia Times*, Hong Kong, 9 de mayo de 2003.

36. 'Leo Strauss, Fascist Godfather of the Neo-Cons', en *Executive Intelligence Review*, 21 de marzo de 2003.

37. Gerhard Spörl, 'The Neo-conservatives', en *Der Spiegel*, 4 de agosto de 2003.

38. Patrick Buchanan, 'Whose War?', en *The American Conservative*, 24 de marzo de 2003. Según Buchanan los neoconservadores han embarcado a América en una serie de guerras que nada tienen que ver con los intereses reales del país. Los neoconservadores son en realidad "The War Party" y, más en concreto, "the Israeli connection". David Frum, 'Unpatriotic Conservatives. A war against America', en *National Review*, 7 de abril de 2003.

dos grandes pasiones eran "criar conejos y leer a Platón". A sus alumnos los dirigía hacia los Grandes Libros con la convicción de que en ellos se encontraban enseñanzas relevantes para el presente de la humanidad. Pensaba que la lectura no era una actividad pasiva, sino activa, que exigía del lector el compromiso de formar parte de un diálogo con las grandes mentes del pasado. "Hay que leer con mucho cuidado, con mucho respeto." Momigliano, buen amigo de Strauss, ha repetido a menudo, coincidiendo con Jenny Strauss, que "por encima de todo Leo Strauss es y ha sido toda su vida un intérprete de textos, y de textos difíciles".<sup>41</sup>

Actualmente el fervor antistraussiano parece haberse enfriado. Wolfowitz ocupa la presidencia del Banco Mundial y defiende la anulación de la deuda externa de los países pobres. El *Frankfurter Allgemeine Zeitung* ya no lo considera, como hizo el 11 de mayo de 2003, un miembro del "kindergarten filosófico de Leo Strauss y Allan Bloom". Bush parece estar en caída libre y los neoconservadores ya no son un bloque monolítico. Fukuyama, por ejemplo, se ha enfrentado directamente y abiertamente con Krauthammer,<sup>42</sup> y demuestra, a mi entender de manera fehaciente, que los americanos no tienen ninguna capacidad especial para lo que él llama la "nation-building".<sup>43</sup>

¿Qué conclusiones podemos extraer de todo esto? A mi modo de ver hay dos obvias: (1) La colaboración de algunos straussianos, como Pangle, en el absurdo propósito de hacer de Strauss un neoconservador *avant la lettre*. Nunca se sabe qué hace más daño a la memoria de un filósofo, si la beatería del acólito o el cinismo del carente de escrúpulos. (2) Si de algo han pecado los neoconservadores es de no haber sido suficientemente straussianos. Si hubiesen sido un poco más straussianos quizá se habrían dado cuenta de la abismal diferencia que separa al político del profeta; tendrían claro que la política puede resolver muchos problemas, pero no puede dar respuesta a todos los interrogantes del hombre ni dominar el componente azaroso que interviene inevitablemente en los asuntos humanos; y, por encima de todo, estimarían la prudencia. En definitiva, sabrían que nunca conviene separar la sabiduría de la moderación, que es la virtud que nos protege contra los encantamientos de las esperanzas quiméricas. No estoy nada seguro de que la religión sea el opio del pueblo, pero no tengo ninguna duda de que el entusiasmo es el opio de la razón.

Pero querría llamar la atención especialmente sobre las estrategias retóricas de los enemigos de Leo Strauss, que a mi parecer se han basado principalmente en un despectivo rechazo irónico-narcisista. Curiosamente, al actuar de esta manera, han corroborado una de sus tesis más fértiles. Strauss descubrió pronto que la Ilustración articuló el programa de su victoria sobre la ortodoxia precedente como un proyecto propagandístico de sustitución de lo sagrado por la luz de una razón autónoma, pero no puso reparos a la hora de confundir la ridiculización del adversario con el argumento crítico. Esto significa que si la Ilustración triunfó fue, entre otras cosas, porque no dudó en practicar la desafección respecto a sus grandes principios. Acabó convenciéndose a sí misma de que la ridiculización del adversario era la expresión de una moralidad superior permanentemente indignada ante los males del mundo. Lo conciencia de lo que se era como denunciante del mal permitía tanto la justificación de la traición a los grandes principios ilustrados como la autoin-

dulgencia con respecto a los excesos de una conciencia bíblicamente indignada. Porque si la modernidad ha sido capaz de matar a Dios, parece incapaz de justificarse a sí misma sin el amparo de los valores bíblicos. Si esto es así, prolongar el proyecto ilustrado significaría, en no pocos casos, mantener sangrante la conciencia de la superior moralidad de la indignación para poder justificar la agresión contra cualquier propuesta terapéutica que no nazca de esa misma conciencia indignada.

Ahora bien, si teóricamente la confianza de la Ilustración en la razón se puede presentar esquemáticamente como el proyecto de sustitución del mandamiento "No matarás" por una convicción racional que tenga, como mínimo, una idéntica fuerza disuasiva, las trampas de su victoria no pueden sino hacer inviable este proyecto, como se puso claramente de manifiesto cuando el nazismo o el estalinismo se sintieron libres de todo imperativo a la hora de programar la deshumanización colectiva. La tiranía se impuso porque no hubo ninguna fuerza democrática capaz de salir en defensa de la justicia. Y cuando los campos de exterminio estaban en funcionamiento, el más gran pensador de la época, Martin Heidegger, fue incluso incapaz de ver la relación existente entre el entusiasmo ideológico del nazismo y el exterminio programado de humanos. Éste es el drama de la razón postilustrada.

Si el siglo XX nos ha mostrado algo es la inmensa contradicción de sus proyectos ilustrados y progresistas y el permanente redescubrimiento de la inmensa capacidad humana para la degradación y para contemplar con una sonrisa inmune a la culpa la desgracia ajena.

En *¿Qué es filosofía política?* dice Strauss que hay cosas que sólo pueden ser vistas como lo que son si las observamos con los ojos desarmados. Intentemos observar sus textos con esta mirada. ¿Qué encontramos? Encontramos, sin duda, la experiencia de la perplejidad. Desde mi punto de vista, Strauss no ha publicado una sola línea que no tenga la pretensión de introducir la perplejidad en la satisfecha conciencia moderna. En cuanto a las consecuencias que cada lector pueda derivar, intentaré responder con una anécdota. Se dice que un alumno le reprochó a Leo Strauss, mientras éste estaba desarrollando un comentario de texto, que su interpretación solamente tenía sentido si creía en la revelación. Strauss le replicó: "Yo soy judío". El alumno le volvió a preguntar: "Pero eso ¿qué quiere decir hoy en día?". Strauss se limitó a responder: "Ése no es mi problema".<sup>44</sup>

¿Y el nuestro? ¿Hay algún problema auténtico, es decir, metafísico, que sea nuestro ahora que, definitivamente el (paleo)progresismo ha devenido en un moralmente satisfecho nietzscheanismo para el pueblo? ¿Disponemos de algún algoritmo para sostener el "no matarás"? ¿Disponemos de convicciones que aún puedan legitimarnos como herederos cabales (y no meramente como fatídicos descendientes) de un proyecto tan expuesto al desorden como el europeo?

## LA OBRA CERRADA DE LEO STRAUSS

*Diogenes.* Aristoteles, and all the rest of you, must have the wadding of straw and saw-dust shaken out, and then we shall know pretty nearly your real weight and magnitude.

*Plato.* A philosopher ought never to speak in such a manner of philosophers.

W. S. LANDOR, *Imaginary conversations*

La obra de Leo Strauss (1899-1973) es una obra cerrada. La reciente y monumental bibliografía de John Murley, *Leo Strauss and His Legacy* (Lexington Books, Lanham, 2005), que recoge casi quince mil entradas que comprenden la obra de Strauss y la de sus críticos, así como la bibliografía del más original de sus discípulos y pensador por derecho propio, George Anastaplo, lo habría demostrado exhaustivamente si la condición de obra cerrada no le hubiese correspondido desde el principio (ya pertenecían a esa categoría, por ejemplo, su tesis doctoral sobre Jacobi, su circunstancial edición de Mendelssohn —interrumpida por el exilio y retomada en el exilio— o la *Lebenslanglesung* de Lessing) y no le hubiera correspondido hasta el final (hasta la redacción de las *Notas sobre Lucrecio* o de la *Nota sobre el plan de Más allá del bien y del mal de Nietzsche*). A diferencia de una obra abierta a la interpretación de los lectores, la obra cerrada de Strauss es menos susceptible de interpretación en sí misma que valiosa como pauta de lectura de otras obras, las verdaderas obras abiertas de la civilización: los diálogos de Platón, las Escrituras y la lectura de las Escrituras (los comentarios talmúdicos de Maimónides, por ejemplo) e incluso, con esta perspectiva, la ciencia política moderna de lectores y escritores como Maquiavelo, Hobbes o Spinoza. Enseñanza esotérica y exotérica, Atenas y Jerusalén, el hombre y la ciudad, argumento y acción son los nombres, sobradamente conocidos, que Strauss daría a lo largo de su vida a lo que aquí querría denominar obra cerrada o abierta.

No haber entendido el carácter literario de la obra cerrada de Strauss ha llevado a lectores carentes de inteligencia e indignos de confianza —los lectores a los que nunca se dirige un filósofo, pero con los que tiene que contar cuando escribe o cuando habla, con la paciencia de un Sócrates con un Clitofonte— a interpretarla por sí misma y considerarla una nueva guía de perplejos; de este modo, los conservadores antiguos y modernos o los liberales antiguos y modernos han perpetrado abusos que será muy difícil corregir: no sería exagerado afirmar que Strauss ha perdido *ante litteram* a muchos lectores inteligentes y dignos de confianza en la bizantina controversia sobre la influencia política de su obra. Como obra estrictamente cerrada, sin embargo, sus escritos han permitido una interpretación de los escritos de Abraham Lincoln que habría de tenerse en cuenta antes de pronunciarse en el falso debate de la derecha y la izquierda straussianas: la biografía constitucional de Lincoln escrita por Anastaplo, a la que el propio autor prefiere llamar, parafraseando un título de Strauss, *Pensamientos sobre Abraham Lincoln*, y en menor medida las dos monografías de Harry Jaffa sobre el autor del Discurso de Gettysburg, son un ejemplo del valor de lectura de la obra cerrada de Strauss y un espléndido ejercicio de filosofía y democracia. Que Anastaplo se remita a los *Pensamientos sobre Maquiavelo* de Strauss al volver a darle título a su libro es un hecho que no habría de

pasar inadvertido a los lectores: se trata, seguramente, del libro más cerrado de Strauss y de obras (la de Maquiavelo, la de Lincoln) eminentemente abiertas. Su lectura podría “deparar la ventaja accidental —como escribió Strauss en otra parte de su obra— de capacitarnos para entender de una manera nueva o no tradicional lo que se ha entendido sólo de una manera tradicional o derivada”. Para un europeo, y para los no europeos, no es accidental, sino esencial, empezar a entender la democracia de una manera nueva o no tradicional y urgente empezar a entender que tal vez la democracia no pueda entenderse nunca de una manera tradicional o derivada. La obra cerrada de Strauss, filósofo y judío, exiliado por partida doble y necesitado doblemente de comprender la razón de ser de cualquier comunidad y obedecer la trascendencia de su investigación, abre ése y otros entendimientos.

Abrir el entendimiento es el cometido por excelencia de la educación. Al decir que la obra de Strauss es una obra cerrada no es difícil pensar en los procedimientos de la lectura clásica y de la educación liberal, tradicionalmente elitistas o reservados a una minoría, a un mundo muy pequeño de lectores. Anastaplo (cuya obra aún no se ha recibido en Europa) ha sido, en este sentido, el más fiel de los discípulos de Strauss, y su dedicación a la educación para adultos merece, por paradójico que resulte a la luz de los diálogos de Platón, el calificativo de socrático que ha recibido. La educación —la figura de Sócrates es paradigmática al respecto— se sitúa siempre en una encrucijada. En la época de los estudios culturales, entendidos como una ampliación del mundo de los lectores y nacidos de la experiencia dramática de la educación para adultos, la obra cerrada de Strauss cobra un valor suplementario y descubre su verdadera naturaleza; en otra época, en otras circunstancias, no habría sido necesaria. La obra cerrada de Strauss no es una representación intelectual inferior a las que Edward W. Said ha señalado: nadie podría acusar honestamente a Strauss de haber sido el portavoz de una opinión gubernamental, partidista, mediática, empresarial o académica, ni siquiera religiosa. Esa moderación y el respeto por la heterogeneidad noética que caracteriza nuestro mundo son propias del filósofo. La obra cerrada de Strauss es una obra filosófica. Tal vez en ninguna otra época la filosofía haya estado en condiciones más favorables para convertirse en un diálogo entre el hombre y la ciudad como en la nuestra, pero, para ser auténtico, ni la tragedia ni la apología deben ocupar el lugar de esa conversación imaginaria. Los lectores de Strauss han aprendido, al menos, esta lección.

39. 'The Real Leo Strauss', 7 de junio de 2003.

40. Peter Berkowitz, 'What Hath Strauss Wrought?', en *The Weekly Standard*, 2 de junio de 2003.

41. Arnaldo Momigliano, 'Herméneutique et pensée politique classique chez Leo Strauss', en *Contributions à l'histoire du judaïsme*, ed. par S. Berti, Éditions de l'éclat, 2001, pp. 227-239.

42. Francis Fukuyama, 'The Neoconservative Moment', *The National Interest*, verano 2004. El 19 de febrero de 2006 Fukuyama publicó un artículo en el *New York Times* con el título de "After Neoconservatism". Tras reivindicar el legado ideológico de Kristol, el político de Reagan, el pedagógico de Strauss y el estratégico de Wohlstetter, define a sus antiguos compañeros neoconservadores de leninistas. Pero —añade— "si el leninismo fue una tragedia en su versión bolchevique, ha retornado como una farsa en los Estados Unidos". Fukuyama confiesa que ya no puede continuar apoyando al neoconservadurismo "ni como símbolo político ni como cuerpo teórico". Este artículo sintetiza las opiniones que desarrolla Fukuyama en su último libro, *America at the Crossroads: Democracy, Power and the Neo-conservative Legacy* (Yale UP, 1966).

43. Francis Fukuyama, *State Building, Governance and World Order in the Twenty-First Century*, Profile Books, 2004. La defensa de la peligrosa tesis de la «unipolar era» no se está argumentando desde las filas de los «hijos» o «nietos» del straussianismo, sino, más bien, desde las filas de los neoconservadores de toda la vida. Podhoretz sostiene con vehemencia que los Estados Unidos se encuentran inmersos en la IV Guerra Mundial. La tercera, por descontado, habría sido la Guerra Fría.

44. 'Hadley Arkes, Strauss and the religion of reason – Leo Strauss', *National Review*, 26 de junio de 1995.